UN ÉXITO EFÍMERO: LA VISITA DE FELIPE III A BARCELONA EN 1599

Alfredo Chamorro
Universidad de Barcelona

Introducción

A las tres de la madrugada del día 13 de septiembre de 1598, Felipe II fallecía en su pequeño apartamento del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. El nuevo rey, Felipe III heredó unos reinos económicamente devastados por el intervencionismo llevado a cabo por su progenitor en Europa, derivado de su política confesional y dinástica, involucrándose en diversos conflictos bélicos durante buena parte de la segunda mitad del siglo. Así, en los territorios que conformaban la monarquía, se crearon muchas expectativas con la subida al trono del nuevo soberano, el cual debía no solo poner en marcha la recuperación económica, sino también salvaguardar los territorios peninsulares de la amenaza islámica, hacer frente a la revuelta de Flandes y asegurar los territorios patrimoniales de la dinastía, entre otras tareas.

En Cataluña, se tenían puestas grandes esperanzas en Felipe III. Hay que recordar que las relaciones del Principado con Felipe II vivieron algunos episodios de gran tensión y conflictividad, que se achacaban, en Cataluña, al excesivo autoritarismo del difunto monarca. Así, cabe mencionar: el desarrollo y conclusión de las Cortes de 1564, donde el atuendo con el que el rey acudió (en botas de montar y presto para salir en cuanto consiguiese el servicio) no gustó nada a los asistentes; las acusaciones de la Inquisición de que grupos de

Publicado en: *«Scripta manent». Actas del I Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (JISO 2011)*, ed. C. Mata Induráin y A. J. Sáez, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2012 (Publicaciones digitales del GRISO), pp. 81-103. ISBN: 978-84-8081-262-7.

hugonotes franceses se establecían en Cataluña con la connivencia de los catalanes y sin que las autoridades del Principado pusieran remedio; la detención de los diputados en 1569; el conflicto entre monjes catalanes y castellanos en la abadía de Montserrat o la llegada del rey a Barcelona en 1585 (decía, Felipe II, que venía a despedir a su hija y al Duque de Saboya que partían hacia los Estados de este). De este modo, la ciudad esperaba una actitud mucho más benigna del nuevo monarca con sus súbditos catalanes, que se habría de reflejar en la concesión de nuevos privilegios en una próxima y nueva convocatoria de Cortes. También deseaban visitas más asiduas del monarca al Principado; algo que significaría la celebración de un mayor número de Cortes, ya que su padre solo las celebró dos veces, en sus dos únicas venidas como monarca a Cataluña, en 1564 y 1585[1] y, como ya apuntó Pérez Samper, la convocatoria de Cortes era un elemento clave en el buen gobierno y estabilidad del Principado ante la ausencia permanente de su señor natural[2].

El rey escribió a los *consellers* de Barcelona el 11 de octubre de 1598: «que me daré toda prisa posible para visitar esa ciudad y provincia y daros este contentamiento y recibirle yo». Los catalanes, contentos por estas prometedoras palabras, no podían imaginarse la noticia que recibirían días más tarde cuando, el 26 de ese mismo mes, leyeron una carta del monarca en la que les anunciaba su intención no solo de venir a la ciudad sino de contraer matrimonio, también, en ella. Los *consellers* contestaron al rey que «no podia venir nova de maior contento a esta ciutat que la benaventurada vinguda de V. Magt. y son felicissim casament»[3]. El virrey, Duque de Feria, les anunció la intención de Felipe de partir de Madrid el 20 de noviembre para venir a la ciudad a jurar las constituciones y privilegios y celebrar su matrimonio con la reina Margarita —casada, ya y por poderes, con Felipe III, en Ferrara— y que esperaba que se le hiciera

[1] Pérez Samper, 2000.

[2] Pérez Samper, 1997; 1999.

[3] «No podía venir nueva de mayor contento a esta ciudad que la bienaventurada venida de Vuestra Majestad y su felicísimo casamiento», Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, *Lletres Closes,* 1B. VI-69, fol. 145, Barcelona, 27 de octubre de 1598.

el recibimiento acostumbrado y que también dejaran el luto que guardaban por su padre, Felipe II[4].

Como se puede ver, Barcelona se preparaba para celebrar un gran acontecimiento, que sin duda debía tener una resonancia de alcance europeo. La ciudad sería por un tiempo la capital de la monarquía: toda la familia real se trasladaría a ella. Recuperaría, de este modo, su antiguo papel como cabeza de la Corona de Aragón[5], pero ahora aumentado al conjunto de territorios que conformaban la monarquía católica. Se sentiría de nuevo Corte[6], como ya pasó con la larga estancia —un año aproximadamente— de Carlos I entre 1519 y 1520 y sus sucesivas visitas al Principado[7] o las visitas, más breves, en cambio, de su hijo Felipe II. Pero todo se vino abajo; el rey cambió de parecer, o le cambiaron de parecer, como veremos, y decidió celebrar su enlace en Valencia, frustrando, así, las esperanzas de toda una ciudad que ya se preparaba, esforzadamente, para tan magno evento[8].

Este estudio tiene el objetivo de analizar la visita del rey Felipe III a Barcelona, que hizo entre mayo y julio de 1599, donde llegó por mar desde Valencia, después de celebrar allí su enlace con la reina Margarita y el de su hermana Isabel Clara Eugenia con el Archiduque Alberto. Así, intentaré reconstruir el desarrollo de los acontecimientos comenzando por el aviso del monarca de querer casase en la ciudad, su posterior cambio de parecer, la decepción de los catalanes y, finalmente, su entrada real y su estancia en la ciudad. Se pretende, de esta manera, analizar un hecho histórico de trascendencia en la historia de la ciudad así como del resto del Principado, sucedido justo en el cambio de siglo y en el cambio de reinado.

[4] «Cuanto al hábito y vestido con que han de salir los concellers y diputados a recebirme, guardarán ellos y los que los acompañaren lo que se ha acostumbrado, no embargante que sea tiempo de luto, y los que salieren con ellos que hagan cuerpo de ciudad o diputatión, podrán también seguir la costumbre, y los demás guardarán la orden dada, pero podrán vestirse de los colores que quisieren, y esto mismo podréis advertir a la ciudad de Lérida y a la diputatión, que la justa la hagan con la gala que les pareciere de manera que sea lucida», *Dietari del Antich Consell Barceloní*, publicado por Schwartz y Carreras Candi, 1898, vol. VII, pp. 157-158.

[5] Villanueva, 2003.

[6] Pérez Samper, 2003.

[7] Pérez Samper, 1988, pp. 439-448. También Fernández Álvarez, 1985.

[8] Duran y Sampere, 1947.

La decepción de un pueblo

Había que ponerse a trabajar con celeridad en el recibimiento que se le dispensaría al nuevo monarca. El aviso del virrey, sobre la pretensión del rey de partir el 20 de noviembre, apremiaba a las autoridades barcelonesas a preparar toda la ciudad para el enlace, que sería antes del final del año. Así, el Consell de Cent escogió veinticuatro personas (seis por cada estamento) que serían los encargados de realizar todos los preparativos para el recibimiento, así como del aprovisionamiento, con que la ciudad honraría a Felipe cargando todos los gastos a la ciudad, que no podían exceder de 20.000 libras[9]. Barcelona debía ser engalanada para la ocasión para agradar al rey. Así, se repararía de nuevo el portal de Sant Antoni —a través de él se realizaba la entrada real a la ciudad— que estaba en mal estado, se haría un arco triunfal en el puente donde debía desembarcar la reina y se decidió derribar la pescadería situada entre la Aduana y el General y hacer, allí, una bella plaza[10], donde los diputados construirían un gran arco triunfal. Estos, por su parte, como se puede ver, también comenzaron a hacer los preparativos, se acordó celebrar una justa en el Borne (una plaza junto a Santa María del Mar, donde muchos comerciantes tenían sus negocios y donde se celebraban, además, justas y torneos), además de los arcos triunfales. Así, los diputados depositaron, a finales de octubre, 6.000 libras en la Taula (banco público de la ciudad) de una cuenta específica que hicieron para los gastos de la venida del rey y a primeros de diciembre otras 6.000 libras para afrontar los gastos de los preparativos, en los que se estaba trabajando con presteza[11].

Llegaba el final del año y Barcelona entera trabajaba en los preparativos de las fiestas que se harían para el recibimiento del rey y la boda real. El 22 de diciembre, los diputados leyeron un correo con la descripción de la entrada de la reina Margarita en Milán el 30 de noviembre, donde incluso se construyó un teatro en honor de la reina[12]. Sin duda, esta relación debía servir como ejemplo del fasto con el que la ciudad pretendía agasajar a su monarca. Los barcelone-

[9] DACB, vol. VII, p. 156.

[10] AHCB, Ms. B-100, *Dietari de Joan Ramon Vila*, fols. 207 y 209.

[11] Archivo de la Corona de Aragón, *Generalitat*, R-39, fol. 1.

[12] Dietario Diputación del General, p. 334. Un estudio de la entrada de la reina en Milán en Venturelli, 2003.

ses no podían creerse la nueva que les hizo llegar el Duque de Feria, cuando el 6 de enero les informaba de que el rey había decidido no celebrar su boda en Barcelona y casarse, en su lugar, en Valencia. ¿Por que cambió el rey de parecer? El virrey comunicó los motivos: la amenaza que sufría la monarquía con la presencia de la armada inglesa merodeando las costas portuguesas, la convocatoria de Cortes en Castilla y la falta de dinero para el viaje a Barcelona forzaron a celebrar las bodas en la ciudad del Turia por estar más cercana a Castilla y ser menos costosa la jornada. Además, la reina Margarita no desembarcaría en Barcelona y lo haría, en cambio, en Vinaroz. Barcelona veía cómo todos sus esfuerzos e ilusiones puestos en la visita se desvanecían y la sumía en una gran decepción. De este modo lo describía Frederic Despalau: «Fou tant gran lo sentiment [que] féu tot lo regne de veure una mudansa tant fora del que habans Sa Magestat havie escrit y havent-se fet tants gastos en la ciutat y General»[13].

Ya Agustí Duran y Sampere indicó que los *consellers* sabían que en la Corte madrileña se habían suscitado muchas intrigas alrededor de la familia real para desvirtuar el propósito del rey y que fue Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, Marqués de Denia y futuro Duque de Lerma, quién logró el cambio de decisión[14]. El embajador del Emperador en la Corte del rey católico —Hans Kevenhüller, Conde de Franquenburg— acusó a Denia en su diario:

> Para que el archiduque Alberto y la madre de la reina no se abocasen en Madrid con la emperatriz (cosa que al cabo no se pudo estorbar), transfirió el duque las bodas de la reina primero de Madrid a Barcelona y después a Valencia por mejor asegurar las mercedes que el rey le hizo en aquel reino[15].

Según parece, el mismo Lerma fue el artífice del traslado de las bodas de Madrid a Barcelona. Veamos ahora el parecer de un catalán de la época, Jaume Ramon Vila, que, en su dietario, acusa directamente a los castellanos:

[13] Despalau, «Memòries importans succeydes en la ciutat de Barcelona», publicado en Simon i Tarrès, 1991, p. 167.

[14] Duran y Sampere, 1947, p. 213.

[15] *Diario de Hans Kevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*, 2001, p. 615. Citado en Alvar Ezquerra, 2010, p. 176.

> determiná [Felipe III] de venir a casar en la pnt ciutat lo q sentiren molt los castellans per esser enemichs nostres y axi procuraren ab sa Magestat revocàs dita determinació posantli moltas cosas y rahons aparents al devant y com veran q de esta manera no podian axir ab son intent feren per medi de la Emperatrís Maria sa avia y tia y ab la Infanta sa germana quelay destorbasen y tant feran que visqueren ab son intent com veurem perq nos celebraren en castella dits casaments sino en Valencia de la Corona de Aragó esentne la causa de aço don Franco. de Rojas y Sandoval Marqués de Denia (gran Privat del Rey tant q nos vig en ningun temps de altres reys haver altri privat tant) per esser estat virrey de Valencia y tenir estats en dit regne lo que los castellans toleraren millor per esser Valencia més cerca de Castilla que no Barcelona pero no alcansaren lo q ells desitjaren que se celebrasen en Castilla[16].

Se puede comprobar la desconfianza que sentía el autor de estas palabras hacia los castellanos y, así mismo, parece clara la intervención de Lerma, que supo dirigir los designios del rey hacia sus propios intereses y acercar al monarca a los territorios patrimoniales que —como Marqués de Denia— poseía en el reino valenciano.

Había que actuar con rapidez; tanto el Consell de Cent como los diputados decidieron enviar sendas embajadas al rey para hacerle cambiar de idea. También se pidió al virrey que escribiera al monarca e intercediera por la ciudad de Barcelona, cosa que aceptó. Las instrucciones que tenían eran claras: ir al encuentro del monarca e intentar cambiar su parecer para que celebrase su boda en Barcelona argumentando:

[16] «Determinó [Felipe III] venir a casarse en la presente ciudad lo que sintieron mucho los castellanos por ser enemigos nuestros, y, así, procuraron que su Majestad revocase dicha determinación poniéndole muchas cosas y razones aparentes delante, y como vieron que de esta manera no podían salirse con su intento, hicieron por medio de la emperatriz María, su abuela y tía, y con la infanta su hermana que la estorbasen y tanto hicieron que vivieron con su intento como veremos porque no se celebrasen en Castilla dichos casamientos sino en Valencia de la Corona de Aragón, siendo la causa de esto don Francisco de Rojas y Sandoval, Marqués de Denia (gran privado del rey, tanto que no se vio en ningún tiempo de otros reyes haber otro tan privado) por haber sido virrey de Valencia y tener Estados en dicho reino, lo que los castellanos toleraron mejor por estar Valencia más cerca de Castilla que no Barcelona, pero no alcanzaron lo que ellos desearon que se celebrase en Castilla» (AHCB, Ms. B-100, *Dietari de Jaume Ramon Vila*, fol. 211).

> que anar a celebrar las suas bodas en la ciutat de Valentia com te pensat o en altra ciutat fora de aquesta apres de haver se publicat per tot lo mon que havian de celebrarse en aquesta, seria en nota molt gran desta ciutat perque de aqui se poria argüir haver rebut Sa Magt. algun notable deservey della y per sentiment de axo voler Sa Magt. castigar la en negarli la sua presentia la qual estos sos faels vassalls desijan summament veura[17].

En caso de respuesta negativa por parte de Felipe, los embajadores debían convencerlo de la seguridad que Barcelona ofrecía como puerto y así tratar que este decidiese que la reina desembarcara en la ciudad en lugar de Vinaroz, como se había previsto. Además, la embajada llevaba una serie de cartas para diversas personas de la Corte —familiares y consejeros del rey— con el propósito de que estas influyeran al rey para que cambiara de opinión. Así, se escribieron cartas para la Emperatriz de Alemania, Gaspar de Córdoba (confesor del rey), el Conde de Miranda (presidente del Consejo de Italia), el Conde de Chinchón (tesorero general de la Corona de Aragón), el Marqués de Denia y Duque de Lerma (caballerizo mayor), el doctor Diego de Covarrubias (vicecanciller en el Consejo de Aragón), don Martín de Alagón (gentil hombre de la Cámara del rey), el Duque de Nájera (del Consejo de Estado), Jerónim Gassol (protonotario en la Corona de Aragón), Pere Franqueza (secretario real y conservador general del real patrimonio en los reinos de Aragón e Italia) y don Juan de Tassis (correo mayor del rey)[18]. Como se puede comprobar, las cartas iban dirigidas, en su mayoría, a personas que poseían cargos relacionados con el Consejo de Aragón. La embajada de la ciudad alcanzó al rey en Almansa. Allí, este los recibió y mostró su gran alegría por la voluntad de Barcelona y los catalanes por gozar de su presencia en el Principado, pero les reiteró la imposibilidad de celebrar su boda en otra ciudad que no fuera Valencia; aunque les pro-

[17] Leemos: «que ir a celebrar sus bodas en la ciudad de Valencia como tiene pensado o en otra ciudad fuera de esta, después de haberse publicado por todo el mundo que debían celebrarse en esta, sería en nota muy grande de esta ciudad porque de aquí se podría argüir haber recibido Su Majestad algún notable deservicio de ella y por sentimiento de esto querer Su Majestad castigarla con negarle su presencia que estos sus fieles vasallos desean sumamente ver» (AHCB, *Lletres Closes*, 1B.VI.69, fol. 161, 10 de enero 1599).

[18] AHCB, *Lletres Closes*, 1B.VI-69. Encontramos las cartas enviadas a estas personas entre los folios 163 y 166.

metió desplazarse con la máxima brevedad posible a Cataluña para celebrar Cortes.

En la ciudad, a primeros de enero, se cancelaron todos los trabajos que se estaban realizando en la fabricación de los arcos triunfales hasta que se viera el resultado de la embajada enviada a la Corte. El traslado de la boda a Valencia obligó a abandonarlos a medio terminar, sin saber si el rey vendría a la ciudad, lo que supuso haber realizado un gasto enorme en balde. El Conde de Franquenburg resumió esta situación con unas esclarecedoras palabras insertas en un memorial enviado al emperador:

> Los de Madrid quedaron sentidos y desgustados de verse privados desta honra y provecho. Los de Barcelona, quejosos del gasto hecho en balde, y los de Valencia, de no haber sido avisados y prevenidos con tiempo[19].

La llegada de la reina

A primeros de marzo, los concelleres enviaron un síndico de la ciudad al Capítulo de la catedral para solicitarles que para implorar una buena navegación a la reina se celebrasen algunas procesiones y plegarias por la ciudad, ya que tenían noticia de que hacía ya unos días que había zarpado de Génova con dirección a la Península. El 18 de marzo llegó una carta a la ciudad de Guillem de Sant Climent —el embajador del rey ante el emperador— donde exponía su pesar, como «cathala y poblat en Barcelona», por no poder desembarcar la reina en Barcelona ya que debía hacerlo en Vinaroz y agradeciendo, de parte de la reina, la voluntad de los barceloneses por verla y servirla[20]. Tres días después, el virrey recibía un correo avisándole de que Margarita ya estaba en el golfo de Rosas. Inmediatamente, Feria envió un emisario a Felipe III —ya en Valencia— para darle la noticia. En Barcelona, se celebró una procesión para dar gracias a Dios por la buena navegación que había otorgado a la reina. Desde Palamós, se enviaron doce galeras de las que venían para reconocer y vigilar la costa y asegurar, así, el buen viaje de la reina, ya que se habían recibido noticias de que un famoso corsario beréber, Morat Arrays, esperaba su paso con intención de hacer alguna presa[21].

[19] Kevenhüller, p. 615.
[20] DACB, vol. VII, p. 180.
[21] AHCB, Ms. B-100, fol. 229.

La soberana llegó a la playa de Barcelona el 23 de marzo, a las cuatro de la tarde, con quince galeras. El virrey mandó avisar a los concelleres de su llegada y de su intención de ir a saludarla en una galera. Estos, a su vez, ordenaron a todas las cofradías que acudieran a la muralla y baluartes del mar: quince o dieciséis compañías[22] con sus banderas y arcabuces para el recibimiento[23]. El *conceller en cap* llegó antes a la galera real, pero esperó a que llegara el virrey y subiera primero a besar la mano a la reina. Así, subió Feria primero, acompañado del gobernador de Cataluña, don Enric de Cardona. Aunque al virrey acompañaban muchos más caballeros de la tierra prestos para subir, estos no lo hicieron porque Juan Andrea Doria, general de la mar «y de nación genovesa, no quería que subiese otro por ser él enemigo de la nación catalana, y una vez besada la mano el virrey a la señora reina, procuró que el conceller subiese con su compañía aunque le pesase al dicho genovés»[24]. El *conceller en cap* hizo tres reverencias a la reina y esta en la tercera le dijo: «Alzaos» y «Cubríos»; tras este acto, el *conseller* dejó paso a todos los caballeros y ciudadanos que le acompañaban para que rindieran pleitesía a la soberana. Luego ofreció la ciudad a la soberana y le mostró el contento que Barcelona hubiera sentido con su real presencia, a lo que Margarita contestó en alemán —que tradujo el intérprete al italiano— que habría sido muy de su agrado poder desembarcar en ella, pero debía seguir las órdenes del rey y proseguir el viaje a Vinaroz.

Los diputados se embarcaron más tarde, salieron del General con las mazas altas y se dirigieron a la galera real, pero no pudieron visitar a la reina porque fueron avisados de que ya era demasiado tarde y no serían recibidos, así que tuvieron que volverse. Durante todo este tiempo, se hicieron salvas de artillería y mosquetería en las murallas y los baluartes de Llevant y Migjorn, donde se habían colocado las compañías de arcabuceros. Además, como ya caía la noche, se encendieron muchas fallas, parrillas y antorchas, por toda la muralla y en la Generalitat y la Llotja. Las galeras zarparon hacia alta mar hasta una distancia de dos millas del puerto, desde donde la reina podía ver «la fiesta y regocijo de los fuegos y los tiros de la artillería y arcabucería». Así, la visión de Barcelona que se veía desde el mar debía de ser

[22] DACB, vol. VII, p. 183.
[23] AHCB, Ms. B-100, fol. 230.
[24] AHCB, Ms. B-100, fol. 231.

esplendida: toda la ciudad encendida, como dice Frederic Despalau en su dietario, «que todo parecía que se quemaba»[25]. De este modo, la reina Margarita partió hacia Valencia para celebrar sus bodas.

La entrada de Felipe III

El 14 de febrero, Felipe III entró en Valencia para celebrar sus bodas. Venía de Denia —los Estados de su valido— donde había sido agasajado con numerosas fiestas, siendo «hospedado y servido con las generosas y fieles entrañas del marqués»[26]. Además, en la entrada en la capital valenciana, el marqués y futuro Duque de Lerma llevó el estoque desnudo del rey, como caballerizo mayor que era. A finales de marzo, llegó la reina a Vinaroz, donde fue recibida por Denia, y de allí se fueron a Valencia. Durante la celebración de las bodas se hicieron en la ciudad del Turia grandes fiestas, bailes, torneos y todo tipo de festividades.

Tras celebrarse los enlaces, se decidió entonces ir a Barcelona; aunque la idea inicial era ir a Madrid. De este modo, el 25 de abril, los *consellers* recibieron una carta del rey donde les comunicaba que el 26 del mismo mes partiría para Barcelona y les avisaba para que todo estuviera preparado para la visita[27]. Fueron a visitar al virrey para asegurarse de la veracidad de la noticia y si, realmente, la llegada sería tan pronto, ya que no tenían preparada la entrada; así mismo, le preguntaron si venía por mar o por tierra, para construir el puente. Feria contestó que el rey llegaría por tierra y que lo haría más tarde de la fecha indicada en la carta real. El mismo día, un portero real presentó a los concelleres el cartel de presentación del rey, donde se avisaba su llegada. A principios de mayo, los aposentadores del rey[28], encabezados por don Diego de Espinosa —aposentador mayor y caballero de Santiago—, llegaron para comenzar a escoger los alojamientos para el rey y su Corte. Se escogió para hospedar al monarca el palacio del Almirante de Nápoles y Duque de Sessa, en la calle Ample. Desde este, se reservaron todas las casas hasta el monasterio de la Mercè para la familia real. El resto del séquito de Felipe III se repartiría por la

[25] Despalau, «Memòries importans succeydes en la ciutat de Barcelona», en Simon i Tarrès, 1991, p. 169.

[26] Citado en Alvar Ezquerra, 2010, p. 209.

[27] DACB, vol. VII, p. 191.

[28] El resto de aposentadores eran: Antonio de Robles, Rafael Cornejo, Anton Bravo de Salcedo y Antonio Lucas de Robles, hijo del dicho Antonio Robles.

ciudad intentando evitar las casas de las viudas «por los daños e inconvenientes que podrían resultar por no haber en ellas hombres»[29]. También estaban exentos los eclesiásticos; por eso, cuando los aposentadores escogieron casa de canónigos y capellanes, el Capítulo de la Seo envió una embajada a los *consellers* para protestar. Según Jaume Ramon Vila dejó anotado en su dietario, se hicieron tantos agravios alojando con tanta violencia, que por casas de viudas y capellanes aposentaban sin que esto se pudiera hacer[30].

Aunque la intención inicial era viajar por tierra a la ciudad, finalmente el rey se decidió a hacerlo por mar. Así, el 14 de mayo, la guarda de Montjuic anunciaba la llegada de las galeras del rey. Inmediatamente, los *consellers* enviaron una embajada en una barca muy adornada con cortinas y sobrecielo de damasquino hacia la galera real para dar la bienvenida al monarca y preguntarle a qué hora y en qué forma quería entrar en Barcelona. El rey contestó que quería realizar su entrada real como la costumbre marcaba, es decir, dormir en el monasterio de Valldoncella y entrar por el portal de Sant Antoni. Como en principio iba a llegar por tierra, no se hizo el puente que la ciudad acostumbraba a hacer para recibir a los visitantes ilustres y se tuvo que improvisar un puente de madera sin ornamentación alguna. Fue recibido en la playa por los diputados y *consellers*, entre los que se produjo un desencuentro por cuestión de las precedencias. Una vez dieron la bienvenida al monarca y al resto de la familia real, los acompañaron al palacio donde se hospedaba.

El 18 de mayo, Felipe salió de la ciudad con cuatro carrozas para dirigirse al monasterio de Valldoncella donde comería y de ese mismo lugar saldría para hacer la entrada en Barcelona. Era costumbre que el rey durmiese la primera noche en este monasterio, pero el hecho de que llegase por mar hizo que se alterase la costumbre. Una vez llegado al monasterio, entraron en este en procesión, encabezada por el abad de Poblet. Una vez dentro, la abadesa fue a besarle la mano a Felipe, a lo que se negó el soberano, que tampoco se la dio a ninguna de las monjas en señal de respeto por su condición de eclesiásticas. Una vez dentro, las monjas le sirvieron la comida y luego dieron de comer a los grandes y caballeros que le acompañaban. Tras la comida, salieron, procesionalmente, hacia el portal de Sant Antoni,

[29] DACB, vol. VII, p. 195.
[30] AHCB, Ms. B-100, fol. 244.

donde le esperaban los *consellers* y donde se iniciaba la ceremonia de la entrada real. Ya delante del portal, como era costumbre, bajó una granada artificial que se abrió y apareció una ninfa que representaba a la Ciudad, la cual recitó al monarca unos versos en latín en alabanza del soberano. Una vez acabó de recitar, le entregó al rey las llaves de la ciudad, que a su vez las entregó al *conseller en cap*. Tras este acto, el rey se colocó bajo el palio de brocado que sujetaban los *consellers* y dos prohombres y ataron dos cordones de seda al freno del caballo, llevando cada cordón doce prohombres de todos los estamentos. El cabo de la brida derecha lo llevaba un hermano de Denia.

Es interesante ver la disposición de los integrantes de esta procesión. En primer lugar iban las trompetas y atabales tanto de la ciudad como del rey; en segundo, un gran número de caballeros y grandes acompañados de la guarda de a pie del rey; detrás, los cuatro maceros del rey y los cuatro reyes de armas seguidos del caballerizo mayor, Marqués de Denia, que llevaba el estoque en señal de la justicia real e iba justo delante del palio bajo el que se ubicaba el monarca; tras este, el hijo de Denia en un bello caballo y el capitán de la guarda seguido de los pajes y algunas compañías de soldados. Es destacable la presencia de familiares de Denia en la procesión y, sobre todo, el lugar destacado que ocuparon en ella, situándose muy cerca del rey. De allí, se dirigieron a la plaza de Sant Francesc descendiendo la Rambla y pasando bajo un arco triunfal de estilo dórico que tenía dos torres y estaba formado por tres arcadas. No dio tiempo a pintarlo como querían los diputados, que pretendían hacerlo con colores y detalles de la Casa de Barcelona[31]. Una vez en la plaza y sobre un catafalco, Felipe III, arrodillado, juró las constituciones de la ciudad y de las islas Baleares, sobre la Vera Cruz como era la costumbre. Tras esto, pasaron las cofradías con sus invenciones. Destacaron los espectáculos de los pescadores, que desde una barca iban lanzando gran variedad de peces y confituras. Al rey le gustó, particularmente, la de los merceros y julianos, que representaron una escena de caza en la que los cofrades soltaron todo tipo de volatería (incluso halcones, uno de los cuales se fue al rey), conejos, un corzo y un jabalí, al que dieron caza diez o doce caballeros acompañados de perros y sabue-

[31] AHCB, Ms. B-100, fol. 259.

sos[32]. Al rey le agradó esta invención por su gran afición a la caza. Tras el juramento, siguió el recorrido habitual, pasando por la Diputación, donde los diputados habían erigido un magnífico arco triunfal de obra jónica y dórica pagado a sus costas como el de la Rambla.

Finalmente, llegaron a la catedral, donde el arzobispo de Tarragona le esperaba en la puerta —porque la sede del obispado de Barcelona estaba vacante— y el Capítulo. Así, entraron procesionalmente en la Seu, donde subió al altar y se arrodilló para jurar los privilegios de la iglesia. El encargado de leer el juramento fue don Pedro Franqueza —protonotario y secretario del monarca—, que pronunció la fórmula:

> Vuestra Majestad como católico rey y señor nuestro promete defender la iglesia y jura por la Santa Cruz y por los cuatro evangelios a nuestro Señor Dios observar los privilegios de la iglesia e inmunidades de aquella[33].

Felipe juró cumplirlo, arrodillado y sobre la Vera Cruz, dando fe de ello el notario de la catedral. Es importante el papel destacado del protonotario Franqueza[34] en este acto si pensamos que en un recinto sagrado como la catedral la costumbre era que el juramento lo hubiera pronunciado un miembro de la jerarquía eclesiástica como lo hizo el arzobispo de Tarragona en 1564 en el juramento de Felipe II[35]. Este hecho vuelve a evidenciar el nuevo modo de gobernar que se había instalado en la monarquía con la subida al trono de Felipe III, en el que el protagonismo de Denia y del secretario Franqueza era cada vez más visible. Luego se dirigió hacia la capilla de Santa Eulalia —patrona de Barcelona— y, antes de descender por las escaleras que llevan al sepulcro, el soberano se detuvo y admiró el esplendor del edificio. El interior del templo estaba todo iluminado con gran número de linternas encendidas que llevaban grabados los escudos del Capítulo y de la Santa. La imagen maravilló a Felipe y a los grandes y caballeros que lo acompañaban. Tras salir de la catedral, los *consellers*

[32] Biblioteca Nacional de España (Madrid), Ms. 3827, fols. 197-198, carta anónima de un miembro del séquito de Felipe III a un miembro de la Corte en Madrid.

[33] Archivo Capitular de la Catedral de Barcelona, *Exemplaria*, vol. II, fol. 5.

[34] Un estudio sobre Pedro Franqueza y sus redes clientelares en Torras Ribé, 1998.

[35] ACCB, *Exemplaria*, vol. I, fol. 76.

acompañaron al soberano a su palacio desde donde pudo presenciar los bailes y festejos que en su honor se celebraron esa misma noche y las dos siguientes.

La estancia de los reyes en la ciudad

Los primeros días de estancia del rey en la ciudad no daban lugar al descanso ya que se sucedían diversos actos protocolarios. Al día siguiente de realizar su entrada real en la ciudad, Felipe recibió la visita de los representantes de las diversas instituciones de la tierra. El rey quiso recibir en primer lugar a la Inquisición, a la que «favoresció más que a nadie y quiso que fuera primero que la ciudad»[36]. Siguieron los *consellers* de la ciudad, que besaron la mano al rey, a la reina y a la infanta Isabel Clara Eugenia pero no se la besaron al archiduque Alberto, al cual dieron la bienvenida y ofrecieron la ciudad. Tras ellos, entraron los diputados y demás oficiales de la Diputación del General y, en último lugar, el Capítulo de la catedral. El 22 de mayo, Felipe III juró las constituciones y privilegios de Cataluña en la sala de los notarios del palacio real. De nuevo, el juramento lo leyó don Pedro Franqueza, que ocupaba el cargo de vicecanciller de Aragón, acto por el que recibió, además, un salario de 360 libras[37]. Tras el juramento, recibió el homenaje de los tres brazos, en primer lugar del presidente del brazo eclesiástico, que era el arzobispo de Tarragona, seguido del Duque de Cardona, presidente del militar, y del *conseller en cap*, presidente del brazo real.

El principal acontecimiento que requería la presencia del rey en la ciudad era la convocatoria de Cortes generales y estas no se celebraban desde 1585. Felipe III convocó Cortes que se llevaron a cabo en junio de 1599 en el monasterio de San Francisco y fueron todo un éxito tanto para el rey como para el Principado. El primero se mostró muy generoso con los catalanes en cuanto a la concesión de privilegios y mercedes. Así, el soberano hizo sesenta concesiones de caballero, ochenta y un de nobleza y creó ocho nuevos títulos de conde. Hasta tal punto Felipe premió a los catalanes que Frederic Despalau en su diario dejó anotado como «el rei concedia de tal manera que no hi havia més que desitjar»[38]. En cuanto a la legislación,

[36] BNM, Ms. 3.827, fols. 197-198.
[37] ACA, *Deliberacions*, N-164, fol. 1144.
[38] Despalau, «Memòries importans succeydes en la ciutat de Barcelona», p. 167.

aceptó el monarca que el Principado adquiriera cuatro galeras para poder controlar la piratería que asolaba las costas catalanas. Accedió, también, el rey a reconocer que las constituciones o capítulos hechos en Cortes, jamás se podían revocar mediante pragmática real para evitar, de este modo, lo hecho por su padre seis años antes[39]. Además, el rey fue muy benigno a la hora de conceder privilegios a los gremios de las diversas ciudades de Cataluña. A cambio de todo esto, el segundo otorgó un donativo a su soberano sin precedentes: un millón cien mil libras. Una cantidad que parece afirmar la comunión existente, en el inicio del reinado, entre Felipe III y los catalanes, olvidándose, de este modo, el ultraje que significó el cambio de decisión para la celebración de las bodas[40]. El doctor Sevillà reflejó en su obra la visión que se tuvo de aquellas Cortes: «dignas verdaderamente por la brevedad, plausibilidad, materias y autoridad de los legisladores que las venideras edades [...] las aclamen por únicas y siempre dignas de veneración eterna»[41].

Festejos, torneos y saraos

Claro está que la estancia de los reyes en la ciudad debía ser amena y, por este motivo, por toda ella se celebraron en su honor grandes festejos. Además, se colocaron gran cantidad de linternas, parrillas y cirios que iluminaban toda Barcelona. Así, desde las galeras, donde los soberanos habían embarcado para pasear, se tenía una magnífica vista de las murallas, edificios y campanarios iluminados. Toda Barcelona quemaba y se abrasaba con gran número de parrillas, fallas y linternas, de forma que estaban las calles tan claras que parecía que fuera de día. Durante estas noches, los reyes pasearon en coches por la ciudad, observando los bailes, festejos y bandas de músicos que se repartieron por ella.

Pero el principal festejo que se organizó fue una gran justa organizada por la Generalitat para la que se celebró la noche anterior la

[39] Belenguer, 2001, p. 340.

[40] Como señaló Reglà, 1956, p. 122, «L'estada del rei a Barcelona i les Corts catalanes que llavors es celebraren, marquen el moment d'idil.li màxim entre la reialesa i el Principat», es decir, «la estancia del rey en Barcelona y las Cortes catalanas que, entonces, se celebraron, marcan el momento de idilio máximo entre la realeza y el Principado».

[41] BUB, Ms. 115, Dr. Sevillà, *Historia General del Principado de Cataluña, condados de Rossellon y Cerdaña por el año 1598-1640*, fol. 3.

publicación de la misma por la calle Ample. Para esta publicación se construyeron cuatro carros triunfales que se encargaron a Joan Aragall, un escultor imaginero de la misma ciudad. En cada carro iba una reina: en el primero, tirado por cuatro caballos blancos, la reina de Persia; iba seguido del carro de la reina de Moscovia, tirado por cuatro leones; en el tercero la reina de África era remolcada por cuatro elefantes y, finalmente, marchaba el carro de la reina de la India, tirado por cuatro camellos. Cada una de las reinas iba acompañada de ocho damas, doce caballeros vestidos de la nación de su reina y ciento cincuenta lacayos con máscaras, vestidos también a la manera de su reina y con un hacha de cera en la mano. Un curtidor de la ciudad se encargó de preparar las pieles para simular a los leones, elefantes y camellos que, posiblemente, colocaron a caballos. El mantenedor de la justa fue el oidor de cuentas eclesiástico don Frederic Meca, de la orden de San Juan de Jerusalén, que marchaba en su caballo detrás de un enano que llevaba el cartel de la justa y que colocó en las puertas del Palacio Real Major. Entonces, los caballeros corrieron con sus caballos, rompieron sus lanzas y jugaron a alcancías, todo esto ante la atenta mirada de los soberanos, que desde su palacio observaron, con admiración, la fiesta.

Al día siguiente, los soberanos se desplazaron a la plaza del Borne para presenciar la justa. El mantenedor entró acompañado de dos maestros de campo (el Barón de Erill y Frederic Despalau). Los jueces del torneo, nombrados por el rey, fueron el Duque de Cardona, el Duque de Nájera, el Duque de Feria (virrey), el Conde de Fuentes y el Señor de Seró, que llevaba el estandarte. En ella participaron los mejores justadores de Cataluña, todos ellos miembros de destacadas familias catalanas: Rocabertí, Erill, Despalau o Pinós. Los premios de la justa se dieron al día siguiente en el sarao que se celebró, premios que los ganadores ofrecieron a las damas de la reina. Este tipo de torneos eran una buena ocasión para que los justadores se dieran a conocer. Es cierto que cada año la cofradía de Sant Jordi celebraba este tipo de justas, pero, claro está, no de tanto fasto ni ante tan distinguidos personajes. Así, realizar un buen papel ante el rey y sus ministros podía representar la apertura de las puertas de la Corte para estos jóvenes de familias linajudas catalanas que, por norma general, se veían desplazados de los cargos de importancia de la Corte. Además, hay que destacar que dos de los participantes en la justa —el Barón de Erill (maestro de campo) y el señor de Seró (por-

taestandarte)— obtuvieron un título de conde en las Cortes que por esos mismos días se estaban celebrando en la ciudad.

También se celebraron diversos banquetes y saraos en honor de los reyes. El de mayor importancia fue el celebrado por los diputados el 12 de junio en el palacio de la Lonja de la ciudad. Este sarao se celebraba, normalmente, en honor de la reina la primera vez que venía a la ciudad. Así, de la misma manera honraron a Isabel la Católica en 1481 y a la emperatriz Isabel en 1533. Para la ocasión, como era de esperar, se aderezó este edificio de la manera más pomposa con tafetanes y damasquinos. Al sarao acudieron todas las damas principales de la ciudad, las cuales en cuanto entró la reina fueron a besarle las manos. Iban encabezadas por doña Violante de Cardona, seguida de las esposas de los nobles principales de Cataluña. Los reyes se colocaron en un coliseo de cañas adornado con gran cantidad de naranjas, limones y pomelos y, allí, les ofrecieron todo tipo de confituras. Danzaron las damas de la tierra, muy bien vestidas, ante la mirada de los reyes. El carácter privado de los saraos nos impide conocer más detalles sobre los mismos, pero el caso es que los reyes abandonaron la lonja con gran contento por lo que habían presenciado.

Ceremonias religiosas

La toma de posesión del canonicato de la Seo era un acto de suma importancia la primera vez que el soberano visitaba Barcelona y Felipe quiso cumplirlo a la salida del juramento de los privilegios del Principado. Era un derecho que todos los condes de Barcelona y reyes de Aragón tenían cuando entraban por primera vez en la ciudad. Así, a la salida del palacio real, Felipe entró en la catedral y, de ahí, al Capítulo que, como era de esperar, estaba empaliado de damasquinos y tafetanes como lo requería la ocasión y al que solo pudieron acceder algunos grandes. El canónigo más antiguo y vicario del Capítulo, Montserrat Roquer y Saleta, ofició la ceremonia. Felipe se arrodilló y sobre un misal (abierto con una imagen de un crucifijo) y la Vera Cruz juró como canónigo de la catedral tras las palabras pronunciadas por don Pedro Franqueza. Tras este acto, le dieron al rey las porciones del *Pedris*, de los aniversarios comunes y del pan canonical que por cada día que residiese en la ciudad le pertenecían. Al acabar la ceremonia, el Capítulo acompañó al rey a la puerta de la

iglesia mientras sonaba la campana conocida como Tomasa, que sonaba cuando era elegido un nuevo canónigo. Los días siguientes, representantes del Capítulo enviaron al rey su porción de pan canonical que entregaron al limosnero mayor don Álvaro de Carvajal. Pero, temiendo los canónigos que el rey se disgustase de esta ceremonia diaria, le preguntaron si quería seguir recibiendo el pan mientras residiese en la ciudad, a lo que el rey contestó que lo recibiría gustosamente porque le causaba gran contento[42].

Durante su estancia en la ciudad, los soberanos mostraron claramente su ferviente religiosidad. Así, visitaron la mayoría de las iglesias, monasterios y conventos de la ciudad, donde eran recibidos con gran júbilo y agasajados con grandes convites. Había cierta rivalidad entre los diversos templos de la ciudad para ser el elegido por el rey para que asistiera a los oficios. Así, el día 19 de mayo el rey visitó el convento de Santa Catalina para oír los oficios, siendo este monasterio la primera iglesia donde lo hizo y donde observó con atención y devoción el sepulcro de San Ramón de Peñafort[43]. Este hecho honraba no solo al monasterio sino a toda la orden a la que pertenecía, ya que era la elegida en primer lugar para este menester. Además, los anales del monasterio recuerdan como la visita a la catedral fue solo y exclusivamente para jurar las constituciones y no para asistir a los oficios, lo que causó cierto descontento entre los miembros del Capítulo. La mayoría de los días, el rey solía acudir al convento de la Mercé a escuchar los oficios. Una serie de puentes conectaban el palacio donde se aposentaba el monarca con este convento para, de este modo, facilitar su asistencia. Días más tarde, la reina viajó a Montserrat, monasterio que gozaba de gran devoción por parte de la Casa de Austria y donde estuvo dos o tres días. También tuvieron una actividad fundadora; así, cumplieron los deseos de sor Serafina, una viuda de vida ejemplar, que quería fundar un convento de monjas capuchinas. Los reyes ayudaron a costear dicha fundación, que encargaron a la Marquesa de Montesclaros —dueña de la reina y también viuda—. La reina quería que el convento se fundase antes de abandonar la ciudad y, así, se fundó en unas casas en la calle del Carmen. A su consagración y puesta en clausura —realizada por don

[42] ACCB, *Exemplaria*, vol. II, fol. 12.

[43] Biblioteca de la Universitat de Barcelona, Ms. 1005, *Lumen Domus o Anals del Convent de Santa Catharina y V. y M. de Barna. Orde de Predicadors*, tomo I, fol. 156.

Camilo Gaetano, Patriarca de Alejandría y Nuncio en España— asistió el Marqués de Denia acompañado del hijo de la marquesa y otros grandes y caballeros catalanes[44].

Dentro de esta actividad religiosa de los monarcas durante su estancia en Barcelona, se puede destacar el apoyo mostrado por la monarquía a la canonización de San Ramón de Peñafort, que se haría efectiva en 1601. La familia real al completo se desplazó al monasterio de Santa Catalina a venerar el sepulcro y reliquias del santo y para pedir a este que intercediera por una buena navegación para el archiduque, la infanta y la archiduquesa que ese mismo día (6 de junio) se embarcarían para Flandes. Y es que quiso la casualidad, o la política matrimonial de la dinastía, mejor dicho, que en las dos únicas visitas de Felipe III a Barcelona tuviera que despedirse de sus dos amadas hermanas para no verlas nunca más[45]. Llegó la familia real ante las puertas del convento, donde una multitud fervorosa esperaba poder ver las reliquias del venerado santo. Una vez dentro, sobre un catafalco se colocaron en forma de media luna: en el centro, la archiduquesa madre, en medio de la reina Margarita e Isabel Clara Eugenia y, en las puntas, el rey y el archiduque Alberto. Tras ellos, se situaron un nuncio apostólico, el arzobispo de Tarragona, Denia y las damas. Con esta disposición, se abrió el sepulcro y la caja de madera donde reposaban los huesos del santo. Dice un cronista de la translación del cuerpo del santo en 1626 que, cuando se abrió el sepulcro en 1599, se «sintió un olor grandísimo muy extraordinario y diferente de los de la tierra»[46], enfatizando la santidad del cuerpo. Se ofreció a Felipe la reliquia que quisiese del santo que en su momento se prometió a su padre Felipe II, a lo que el rey contestó que la aceptaría cuando se le canonizase. Pero, con todo, se regaló a la archiduquesa madre una reliquia para llevar a sus tierras. De nuevo, el cronista deja constancia de la envidia sentida por los demás templos de la ciudad por ser escogido el de Santa Catalina para solicitar la buena navegación de los archiduques[47]. De este modo, la presencia del monarca ante el sepul-

[44] AHCB, Ms. B-100, fols. 260-261.

[45] Recordemos que en la anterior vez, en 1585, Felipe, apenas todavía un niño de tres años, se despedía de su hermana Catalina Micaela, que se embarcó junto a su marido el Duque de Saboya con destino el ducado homónimo.

[46] BUB, Ms. 1009, *Memorias del Succehit des del añ 1626 fins 1631 exclusive*, tomo IV, fol. 59.

[47] BUB, Ms. 1005, fols. 157-158.

cro del santo y su apoyo económico fueron decisivos para acelerar la tan deseada canonización, que tantos festejos promovió en Barcelona.

Pero no se detuvo aquí la presencia del soberano en actos litúrgicos sino que decidió participar, también, en la procesión del Corpus Christi. Hacía más de medio siglo que un soberano no participaba en esta importante ceremonia en Barcelona, debido, en parte, al retraimiento de la persona real que, progresivamente y a lo largo del siglo XVI, aparecía menos en público. Pero Felipe III, dentro de este ambiente de júbilo por su presencia y por el buen devenir de las Cortes, sí quiso participar en ella, lo que engrandecía, sobremanera, su prestigio. Pero, en esta ceremonia, se evidenciaron, otra vez, con un nuevo choque de ceremoniales, las difíciles relaciones entre los miembros del séquito real y las autoridades —tanto civiles como eclesiásticas— de los territorios donde viajaban. Los capellanes del rey querían asistir al arzobispo de Tarragona en los oficios que por esta festividad se celebrarían en la catedral, como solían hacer cuando viajaba el monarca. A esto, claro está, los canónigos del Capítulo se opusieron rotundamente, alegando que era contrario a las constituciones y costumbres de la iglesia, por lo que surgió una contienda entre ellos. En esta ocasión, el rey favoreció al Capítulo de la catedral y quiso que todo se hiciese como de costumbre, cosa que no fue del agrado del capellán mayor. Finalmente, se hicieron los oficios del día de Corpus, situados los soberanos en el altar mayor, tras una cortina. Y tras esto, comenzó la procesión del Corpus, que deambuló por toda la ciudad y en la que el pueblo barcelonés pudo contemplar de nuevo al soberano. Encabezaban la procesión las invenciones típicas de la ciudad: el dragón, la *vibria* de la ciudad, los diablos y los caballos *cotoners*, que gustaron tanto a Felipe cuando todavía niño visitó Barcelona con su padre en 1585. Continuaron todas las banderas de las diversas iglesias y parroquias de la ciudad seguidas de diversas cruces y los oficios. Finalmente, el palio llevado por los *consellers* y el Marqués de Denia, seguido del arzobispo de Tarragona y los doce Apóstoles, que antecedían al soberano con un cirio blanco en la mano[48]. En esta ocasión el rey no aparece llevando el palio como llevaron sus antepasados en otras procesiones del Corpus barcelonés y aparecía solo, enfatizando su devoción y fe. Habría que esperar al Corpus de

[48] ACCB, *Exemplaria,* vol. II, fols. 15-18.

1632 para ver a una persona real participar en la ceremonia, cuando lo hizo el cardenal-infante don Fernando, por aquel entonces virrey de Cataluña.

Conclusión

Como se ha podido comprobar, en este estudio he intentado reconstruir la visita de Felipe III a Barcelona en 1599. He tratado de contextualizar la visita y ver qué sucedió en los meses que precedieron a la llegada del rey, con el traslado de la celebración de su matrimonio a Valencia y la consiguiente decepción de los barceloneses. Con el paso de la reina Margarita por la playa de Barcelona sin desembarcar se puso en evidencia la animadversión existente entre el genovés Doria y la ciudad, tradicionales enemigos. Se ha visto la posición destacada que ocuparon Denia y sus familiares en la entrada real de Felipe III. La estancia de la pareja real en Barcelona fue placentera. La ciudad honró a los monarcas con grandes fiestas y saraos que amenizaron los días que residieron en ella. Además, la conclusión de las Cortes que tan benévolas habían sido con el Principado estrechó, aún más, el vínculo entre la monarquía y el país, cumpliéndose las esperanzas puestas en el nuevo soberano. Felipe respetó todas las costumbres y tradiciones, tanto de la ciudad como de la Iglesia catalana. Esto se reflejó en el sustancioso servicio con que el Principado le honró. De este modo, se puede decir que la visita real de Felipe III a Barcelona fue todo un éxito.

Pero los problemas en Cataluña comenzaron tras la marcha del rey de la ciudad. Como ya pasó en 1587, las fricciones surgieron en el momento de imprimir las resoluciones que se alcanzaron en las Cortes de 1599, ya que había un desacuerdo con cinco de las constituciones, entre las que destacaba la prohibición de que los nobles catalanes pudieran llevar armas, a lo que estos se negaban. La tensión llegó a tal extremo que el virrey, Duque de Feria, detuvo a un diputado y un oidor de la Generalitat. Finalmente, tras cambiar al virrey por el arzobispo de Tarragona, se negoció su liberación. Este hecho evidenció, como ya expusiera Elliot, con qué facilidad las delicadas relaciones entre catalanes y la Corte podían alterarse[49]. Además, las crisis alimenticias desataron hambrunas en el Principado entre los años 1604 y 1606, produciéndose disturbios en la capital catalana por

[49] Elliot, 2007, p. 73.

la acción de los especuladores de cereales. A esto hay que sumar la incapacidad de los virreyes para hacer frente al bandolerismo que se había extendido por todo el territorio y que afectaba a todas las capas de la sociedad. Por ello, se consideran estos primeros quince años del siglo como de desgobierno. Por lo tanto, el éxito inicial de la visita del nuevo Conde de Barcelona fue tan efímero como los arcos que se hicieron en su honor.

Bibliografía

Amelang, J., *La formación de una clase dirigente: Barcelona 1490-1714*, Barcelona, 1986.

Cátedra, P. M., «Fiestas caballerescas en tiempos de Carlos V», en *La Fiesta en la Europa de Carlos* V, Sevilla, 2000.

Del Río Barredo, M. J., *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*, Madrid, 2000.

Duran y Sampere, A., «Felipe III quería casarse en Barcelona», en *Barcelona. Divulgación Històrica*, Barcelona, 1947, pp. 212-216.

Elliot, J. H., «Una aristocracia provincial: la clase dirigente catalana en los siglos xvi y xvii», en *España y su mundo (1500-1700)*, Barcelona, Crítica, 2007 [1989].

González Enciso, A., «Del rey ausente al rey distante», en *Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*, ed. A. González Enciso y J. M.ª Usunáriz, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 2-19.

Lisón Tolosana, C., *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la casa de los Austrias*, Madrid, 1991.

López, R. J., «Ceremonia y poder en el Antiguo Régimen. Algunas reflexiones sobre fuentes y perspectivas de análisis», en *Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*, ed. A. González Enciso y J. M.ª Usunáriz, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 19-61.

Massip Bonet, F., *La monarquía en escena. Teatro, fiesta y espectáculo del poder en los reinos ibéricos: de Jaume El Conquistador al Príncipe Carlos*, Madrid, 2003.

Monteagudo Robledo, M. P., *La Monarquía ideal. Imágenes de la realeza en la Valencia Moderna*, Valencia, 1995.

Pérez Samper, M. A., «Les festes reials a la Catalunya del Barroc», en *El barroc català*, Barcelona, 1989, pp. 551-568.

— «El Rey ausente», en *Monarquía, imperio y pueblos en la España moderna*, ed. P. Fernández Albadalejo, Alicante, 1997, pp. 379-393.

— «La presencia del rey ausente: las visitas reales a Cataluña en la época moderna», en *Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*, ed. A. González Enciso y J. M.ª Usunáriz, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 63-116.

—«El Rey y la Ciudad. La entrada real de Carlos I en Barcelona», en *Studia Historica. Historia Moderna*, VI, Salamanca, 1988, pp. 439-448.

— «Felipe II en Barcelona», en *Historia y Humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, ed. J. M.ª Usunáriz, Pamplona, Eunsa, 2000, pp. 203-220.

— «Barcelona, Corte: Las fiestas reales en la época de los Austrias», en *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, coord. M.ª L. Lobato y B. J. García García, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003, pp. 139-192.

SCHWARTZ, F., y CARRERAS Y CANDI, F., *Manual de novells ardits vulgarment apellat Dietari del antich consell Barceloní*, Barcelona, Henrich y Companyia, 1892-1918, 16 vols.

STRONG, R., *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento, 1450-1650*, Madrid, 1988.